

los indostaneses dicen con orgullo que su reina es la reina Victoria y su nacionalidad la inglesa; los habitantes de Guadalupe y Martinica sienten latir su corazón al solo nombre de Francia. Sólo los infelices colonos españoles, en todas partes, sienten el peso de una dominación semi-bárbara en que el agiotismo, el fanatismo y la burocracia esterilizan la riqueza pública, ahogan el comercio y hacen nula esa democracia de que tanto hace alarde el señor Castelar.

El reconocimiento de la beligerancia de Cuba no es solamente un acto de confraternidad americana; es un acto de justicia que las Repúblicas latino-americanas dilatan en verificar, debido al espíritu apocado que informa las resoluciones diplomáticas de sus gobiernos.

Hemos hallado á Castelar falto de lógica y no sin fundamento. En primer lugar, las facciones cubanas—como él dice—no son tales facciones; son un alud, un torrente que no bastan á contenerlo doscientos cincuenta mil soldados, porción considerable de esa indómita nación que combatió ochocientos años con los moros y doscientos con los romanos; que extendió sus brazos sobre ambos hemisferios y que aun hoy mismo "le importan un ardite veinte años de guerra." Ó háse apagado el brío de los famosos astures, de los valientes cordobeses y de los bravos castellanos, ó las facciones cubanas "¡sin disciplina!" no son tales facciones.

Franklin, Washington, Lincoln, bienhechores de la humanidad, no pueden trocarse en Jerjes, Faraón y Atila, "azotes de Dios," y por lo mismo los nobles sentimientos de los padres de la República americana háñse transmitido á sus hijos generosos que, fieles á su tradición, no pueden ver con indiferencia las miserias de Cuba, la riquísima perla de las Antillas, en su lucha gigantesca con el león de Castilla.

Castelar falta á la verdad. Los Estados Unidos de Norte América en la cuestión anglo-venezolana han mantenido firme su conducta. Inglaterra quiso imponer sus límites á Venezuela por la fuerza, ésta protestó y la cuestión se decidió diplomáticamente por arbitramento, con la intervención norteamericana sin menoscabo de los derechos defendidos por la patria de Bolívar.

Nosotros no hemos podido ver

esa hermandad por vínculos históricos de las instituciones democráticas entre el coloso del norte y la cuna de Pelayo.

Sin tolerancia no hay libertad, como sin libertad no hay democracia posible; y triste es que nosotros, hispano-americanos, tengamos que confesarlo: ningún pueblo quizá más intolerante que el pueblo de nuestros progenitores.

En tanto que lo más selecto de Inglaterra huyendo de la intolerancia religiosa de los primeros protestantes establecía sus *towns* aquende el Atlántico y constituía el gobierno municipal, origen de la actual República y producto de su carácter individual, eminentemente sajón, nuestros primeros conquistadores tomaban posesión del resto de América en nombre de sus reyes de derecho divino, notificando á los indígenas poderes emanados de la curia romana, consignados en una bula de Alejandro VI, "testimonio irrefragable del grado de aberración á que puede llegar el espíritu humano."

La decadencia de España no tiene otras causas que su fanatismo religioso y su apego á las instituciones monárquicas. España republicana será una gran nación, rica y floreciente dentro de la vieja Europa y apreciada y respetada por sus hijos de América.

La pérdida de Cuba traerá consigo el renacimiento de aquel gran pueblo que fué en otro tiempo el revelador de todo el planeta. La independencia de Cuba traerá la República Española y con esta aparecerá la democracia cantada por Castelar y tantas veces soñada por el eminente Manuel Ruiz Zorrilla.

Dos preguntas para concluir. ¿Por qué el reconocimiento de la beligerancia de Cuba amenaza la independencia de España? ¿Si la independencia de España se ve amenazada con el reconocimiento de la beligerancia de Cuba, por qué puede perecer la República de Norte América al chocar con un pueblo inconquistable como España?

Desengañense los ofuscados de la península ibérica. Ni la gran República es conquistadora, ni tendrá necesidad de atravesar los mares para levantar en sus robustos brazos á la futura República de Cuba. Y mal que le pese al señor Castelar, el sol del siglo XX alumbrará sobre Cuba libre; pues no pueden tolerar ni Dios ni la humanidad, este cesáreo despótico atentado de la fuer-

za bruta del interés monárquico de los burócratas españoles, vergüenza de la heroica España, contra la justicia universal.

N. SOCIAL.

San José, 20 de Abril de 1896.

## LITERATURA

### La nación del esclavo.

"DE LAS LEYENDAS CUBANAS."

I.

Guarama, el esclavo siboney de las riberas del Yarayó;

El de la tez oscura como las noches en los bosques de los jagüeyes;

El corpulento mancebo, enviado en los guateques de su partido, por sus inspiradas coplas de pie forzado y castos á lo divino;

El de agilidad extrema en zapalear al suave punto de acordado tiple y pausado güiro;

Guarama—el hijo amado de la indómita predilecta del Caribe, Cubanacam—ausente de sus lares llora al recuerdo de su alejada madre, de sus sencillos bohios, de sus escarpadas lomas.

Le —el de la tez clara, el de adusto ceño, el que apareció por donde se levanta el sol, el que despiadado le arrebató su choza y le llamó su esclavo—le rasgó las carnes, le engrilló los pies, fué sordo á sus ayes.

Guarama huyó, cuando la noche vino. Se fué lejos, muy lejos... —¿Qué te has hecho, Guarama?—decía la madre, y lloraba... —Huyó... contestaba el Caribe, y presuroso corría á besar las bellas formas de su querida ondina.

Los pájaros cantaban remedando el lloro; el Cauto descendía lento, y murmuraba; la brisa, entristecida, ya no acariciaba el dague: parecía que se quejaba.

Errante—como el paria de la leyenda india—Guarama anduvo.

El mar que orgulloso baña la gentil Quisqueya, y el que enamorado ciñe la sin par Borinquen vieron cruzar á Guarama en frágil esquife.

—¿A dónde iré—decía el Ozama—el hijo triste de la tierna esclava!....

Y el esclavo siboney de la tez oscura, como las noches en los bosques de los jagüeyes, halló tierra hospitalaria y bella.

¡Qué hermoso cielo! ¡qué lindos

pájaros! qué flores!—dijo Guarama; recordó su patria y empezó á llorar.

El Guaire arrulló su sueño; el Avila, erguido como un atalaya, veló junto al albergue del huésped esclavo.

II.

Cuando la tarde se despedía—envolviendo su faz en espeso velo, Guarama, el hijo de la indómita predilecta del Caribe, lentamente descendía al murmurante Guaire, saludaba el Avila, y dirigiéndose á Véspero, le decía:

"—Estrella Solitaria, tú eres la de mi patria. Sí, como ella brillas.

Como ella, sonriente ofreces tu resplandor en medio del risueño arrebol del crepúsculo.

¡Qué bella eres, estrella solitaria!

Radiante sales por oriente, precedida de un hermoso cielo de límpido azul, embellecido por anchas cintas de blancas nubes!

Dime, ¿quién te ha dado ese brillo, querida estrella?....

Ah!... sí... Yaraima, la diosa del Sur; la que nació entre los juncos de verdes cañas, la diosa que vela por los esclavos siboneyes....

La que llora á Hatuey, el cacique quisqueyano muerto por Leo é inhumanamente enterrado junto á su ceiba.

Estrella solitaria, cuando, solícita, veas á Cubanacam, díla que pienso en ella, y que con ella vivo.

Y á los que viven en el triste bosque de los jagüeyes, alúmbralos con tu radiante luz.

¡Qué bella eres, estrella solitaria!"

Así á Véspero saludaba Guarama, el esclavo siboney de las orillas del Yarayó.

Y la estrella solitaria, destacándose en el arrebol de hermoso crepúsculo, centelleaba precedida de un azul purísimo con anchas fajas de blancas nubes.

Al caer la noche, Guarama volvía á su albergue; arrullado por el Guaire, velado por el atalaya del Avila.

BR. TIBURCIO AGUIRRE.

### VIAJE DEL DELEGADO

La Mansión, Abril 14 de 1896.

Al Director de

EL PABELLÓN CUBANO.

MI DISTINGUIDO COMPATRIOTA:

Ayer tuve el gusto de remitirle extenso telegrama imponiéndole de las